

FIDEL

Galo Galarza

El 25 de noviembre de 2016 murió en su lecho de anciano el ex Presidente de Cuba y líder de la Revolución Cubana, Fidel Castro Ruz. Por el cambio de hora con Uruguay su muerte quedó registrada para nosotros el 26 de noviembre de 2016. El 26 fue un número que marcó su vida y su muerte. Nació en 1926. Constituyó el Movimiento 26 de julio. Murió un día 26. Sus enemigos dirán que su número no fue el 26 sino el 6 y que Fidel era el Diablo, el representante de la Bestia, simbolizado en el 666. Tantas veces le mataron sus enemigos que lo volvieron inmortal. De tal manera que esa noticia anunciada por su propio hermano Raúl, fue tomada por muchos con beneficio de inventario. Sin embargo esta vez era cierta. El cuerpo ya maltrecho de noventa años de Fidel fue incinerado, según su propia voluntad, y llevado en una caravana que recorrió la Isla al mismo cementerio (el de Santa Ifigenia, en Santiago de Cuba) donde reposa José Martí, su apóstol y mentor, el otro gran personaje de la historia cubana. Las ideas de ambos luchadores y pensadores perdurarán por siempre, pese a quien le pese. Mientras exista Cuba como nación. Mientras la Tierra siga dando vueltas alrededor del Sol. Y no exagero. Unos recordarán a Fidel como un héroe, otros como un tirano. Muchos venerarán su memoria, otros escupirán sobre su tumba. Pero nadie podrá quedar indiferente ante este personaje extraordinario de la historia latinoamericana. Quizás el personaje más importante de la segunda mitad del siglo XX.

Tuve la suerte de estar cuatro veces con él. Dos veces de manera muy frugal, dos de manera prolongada. Les cuento esos encuentros. Mi segunda misión diplomática fue en Cuba. Mejor sería decir que la primera, porque mi paso por Nicaragua (mi primera misión) fue breve, de menos de un año, en cambio en La Habana viví entre 1981 y 1984. Fueron de los años más felices y productivos en mi ya larga carrera diplomática. Allí nació mi hija Lucía. Allí escribí varios de los relatos que se publicaron después bajo el título *El turno de Anacle*. Allí supe para qué sirve y para qué no sirve la diplomacia. Allí ratifiqué mi vocación de escritor y decidí que pasaría el resto de mi vida leyendo y escribiendo todo lo que pudiera hasta que se me cierren para siempre los ojos y las entendederas, sin pretensiones de ningún tipo, sin afanes de reconocimientos y menos de premios, simplemente escribir como respirar, leer como

alimentarme, escribir y leer para vivir. Allí, en Cuba, conocí a Fidel. Su figura me resultaba tan familiar que cuando lo tuve frente a frente me pareció que estaba viendo a un tío mayor, a un pariente que se había radicado lejos. Mi padre nació el mismo año que Fidel, tiene su misma edad y se mantiene todavía con una lucidez y fuerza admirables, para alegría de quienes le queremos. Él, mi padre, fue en su juventud miembro del Partido Socialista del Ecuador y, como tal, siguió con mucho entusiasmo la lucha de los barbudos en la Sierra Maestra. Tenía una suscripción a la revista cubana *Bohemia*, de tal manera que desde mi más tierna infancia vi el rostro de Fidel en las páginas de esa revista y de otras que llegaban a mi casa. Cuando triunfó la Revolución yo tenía tres años. Mi padre saltaba de alegría. Le abrazaba a mi madre y festejaba la entrada en La Habana de Fidel, Camilo, el Che y tantos otros guerrilleros y luchadores. Mis recuerdos se borran y por eso los invento. Pero estoy seguro que el 1 de enero de 1959 fue un día de especial alegría en mi casa ubicada en una pequeña ciudad andina, situada a miles de kilómetros de Cuba. Así de fuertes fueron esos ecos.

La revista *Bohemia* siguió llegando puntual a mi casa y seguí mirando el rostro de Fidel en sus páginas por mucho tiempo. Cuando me quedé un momento a solas con el Comandante, en uno de esos encuentros de los cuales les hablo, le conté esta anécdota y él la escuchó con mucha atención. Esa era una de sus grandes virtudes, escuchaba con mucha atención a sus interlocutores aunque le estuvieran, como yo, contando banalidades. Mira tú chico, dijo, mira como son las cosas. Y comenzó a hacerme preguntas sobre el Ecuador.

Pero vayamos en orden. La primera vez que lo vi fue en el año 1982 o 1983, en una recepción que ofreció Fidel como Presidente de Cuba al Director General de la UNESCO, Amadou-Mahtar M'Bow, de Senegal, quien hacía una visita oficial a la Isla. Debí haberme quedado al frente de la Embajada por unos días ante una ausencia por vacaciones del titular Francisco Proaño. Fuimos con mi esposa a esa recepción. Ambos teníamos 25 o 26 años. Nos colocaron al final de la fila, armada en estricto orden de precedencia diplomática. Fidel y el Director de la UNESCO iban saludando uno a uno a los embajadores y sus cónyuges que pasaban en fila al interior del Palacio de la Revolución, bellamente decorado con plantas nativas de



la Isla. Cuando le estreché la mano, me dijo con el ceño fruncido: Chico, pero tú eres muy joven para ser embajador. Le expliqué que estaba temporalmente al frente de la embajada ante la ausencia de Proaño. Me dio una palmada en la espalda y saludó muy cordial y respetuosamente a mi esposa. Nos veía como a dos muchachos que se metieron de colados en una fiesta de mayores.

La segunda vez fue un año más tarde, cuando llegó a Cuba un Ministro de Salud del Ecuador, a quien acompañé a la inauguración de un hospital en Pinar del Río. Nos sentaron muy cerca del podio donde Fidel pronunció un discurso de casi cuatro horas. Con una voz más bien apagada, casi nunca gritaba, fue explicando maravillosamente la forma como se había desarrollado la medicina en Cuba. Una lección extraordinaria para quienes le escuchábamos azorados a pocos metros de distancia. Estaba vestido con su traje verde olivo y llevaba su gorra del mismo color. De cuando en vez regresaba la vista hacia el tablado donde estábamos los invitados como para decirnos que no se olvidaba de nosotros. La masa que le escuchaba en la plaza lo hacía con verdadero fervor. De cuando en cuando estallaba en aplausos o respondía a gritos las preguntas que formulaba Fidel: ¿Quieren que vuelvan los tiempos oscuros cuando aquí no había hospitales y la gente se moría por falta de atención? ¿Quieren que vuelvan los terratenientes que aquí les molían a palos a la menor falta? Fidel se convertía en un verdadero titán cuando se dirigía con un micrófono a las masas.

La tercera vez lo vi en Quito, en el año 1988. En la casa del pintor Guayasamín. Había venido a la posesión del

presidente Rodrigo Borja y allí le sorprendió su cumpleaños 62. Igualmente las delegaciones fueron ingresando una a una a la casa del famoso pintor quiteño, quien estaba parado junto a Fidel y al embajador cubano en Ecuador, el conocido *Gallo Zamora*, quien le sopló al oído a Fidel que yo había estado en Cuba. Cuando me acerqué (me habían designado *attaché* de Jaime Paz Zamora, futuro presidente boliviano) y le estreché la mano, dijo: Oye chico, a ti te conozco, tú estabas como diplomático en La Habana, pero entonces no tenías esa barbita, ¿eh? Me sonreí y le dije: Así es Comandante, usted tiene una gran memoria. Muchos me miraban sorprendidos de que tuviera amistad con el personaje al cual ellos en ese momento adoraban como a un semidiós.

La cuarta vez que lo vi y que sería la última, fue nuevamente en La Habana. Era el año 2002 o 2003. Viajé acompañando al entonces vicepresidente de la República, Alfredo Palacio, quien hizo una visita oficial a la Isla. A mí, como jefe de la oficina de asuntos internacionales de la Vicepresidencia, me tocó organizar ese viaje en coordinación con la embajadora de Cuba en Quito, una ecuaníme y dulce mujer de gran profesionalismo, como la mayor parte de diplomáticos de ese país. Los cubanos, que tienen un olfato político extraordinario, ya vislumbraban que Alfredo Palacio sería en algún momento presidente, que Lucio Gutiérrez, “el traidor”, como le llamaba despectivamente Palacio, tarde o temprano caería enredado en sus contradicciones, errores y estupideces, como en efecto ocurrió. Por ello, en Cuba, le dieron al doctor Alfredo Palacio un trato de verdadero Jefe de Estado. Le hicieron conocer los principales centros médicos y de investigación. Fue asombroso mirar cómo habían

desarrollado laboratorios donde descubrieron remedios contra enfermedades temibles. Era como ingresar a centros del primer mundo. Y conste que ya Cuba había perdido para entonces la ayuda de la Unión Soviética y había atravesado por durísimos periodos de escasez y racionamiento. No estaba previsto en el programa original que el vicepresidente Palacio se encontrara con Fidel, pero en una de esas reuniones, en algún centro médico, llegó un mensaje en el cual lo invitaba a un almuerzo en el Centro de Convenciones de *Cubanacán*. Palacio estaba feliz. Era o es un hombre que admiraba la Revolución Cubana y, particularmente, sus logros en materia de salud. Nos pidió al entonces Embajador del Ecuador en Cuba, Francisco Suescum y a mí que le acompañáramos en esa entrevista. Fuimos entonces al Centro de Convenciones en un auto que nos proporcionó la Cancillería anfitriona. En la puerta de ingreso al Centro de *Cubanacán* estaba Fidel, todavía con su porte imponente, con la barba y el pelo ya casi totalmente blancos, iba vestido con su clásico traje verde olivo pero estaba calzado con zapatillas de caucho de color negro. Este detalle me llamó mucho la atención. Llevaba dos relojes en su muñeca izquierda. Le gustaba la estricta puntualidad. Si uno se daña el otro funcionará, bromeó. Saludó cordialmente con nosotros. Estaba acompañado de dos jóvenes médicas cubanas quienes, aparte de irradiar belleza, tenían un conocimiento preciso de muy diversos temas relacionados con la estructura social de la Isla. Sobre todo sabían al detalle la forma como estaban equipados los hospitales y centros de salud. Fidel le preguntó al vicepresidente Palacio si sabía algo del pedido de asilo que solicitó por esos días en República Dominicana el ex vicepresidente y presidente del Ecuador, Gustavo Noboa Bejarano. Palacio nada sabía, menos nosotros, sus acompañantes. Todavía no existían los teléfonos inteligentes ni el Twitter ni el Facebook ni el Whats-up. Fidel pidió a una de sus bellas ayudantes que le traigan una gruesa carpeta anillada y fue increíble mirar un tomo entero dedicado a las noticias del Ecuador, ordenado por fechas y materias, en el cual estaba todo lo que se podía conocer sobre nuestro país en ese momento. Y así tenía en aquel Despacho, que entonces ocupaba, tomos parecidos sobre muy diversos países y materias. Mire doctor, dijo, y le enseñó los cables que comunicaban del pedido de asilo de Noboa en República Dominicana. El doctor Palacio no salía de su asombro y de su vergüenza por no conocer lo que ocurría en su propio país, siendo como era ese momento el segundo mandatario.

Pasamos al comedor. Fidel se sentó entre sus bellas ayudantes. A mí me tocó estar a la izquierda del doctor Palacio. Entonces comenzó uno de los diálogos o monólogos más interesantes que he escuchado en mi vida. Comenzó con el vino. ¿Qué vino prefiere doctor Palacio?, preguntó Fidel con esa voz bajita, casi de susurro, que utilizaba en reuniones pequeñas. Palacio respondió que no

tenía preferencia por un vino en especial de los dos que en ese momento nos ofrecían: un chileno y otro argentino. Bastó esa respuesta para que Fidel nos brinde una larga lección de enología. Casi una hora pasó hablando de la forma como se había implantado el vino en América, de las diversas cepas, de la forma como se siembran los viñedos, del clima y cuidados que se requieren. Mientras a los demás nos servían los diferentes platos: una entrada de ensaladas, un pescado frito, un helado Copelia, él hablaba y hablaba sobre vinos y, de cuando en cuando, estiraba su mano, tomaba una pequeña cucharada de helado y se la llevaba a la boca. Nada más probó durante todo ese largo almuerzo. Era un hombre austero y casi espartano. Así mismo lo describe Ramonet en su libro biográfico. Y a propósito de Chile, interrumpió un momento el doctor Palacio, sabemos Comandante que usted estuvo en el Ecuador antes o después de su viaje a Santiago, cuando fue a visitar a Salvador Allende. Y Fidel volvió a tomar la palabra y, por casi dos horas, contó con increíbles detalles ese viaje, de las causas que habían llevado al ascenso y caída de Allende, de la traición de Pinochet, de los infantilismos de la izquierda. Nos habló de la impresión que le había causado Velasco Ibarra, de los muchos amigos que tenía en Ecuador. Mire doctor, dijo mirando fijamente a Alfredo Palacio, le voy a decir una cosa que pocos saben. Si por cualquier razón yo tendría que vivir fuera de Cuba, escogería su país, el Ecuador, para radicarme allí. Soy amigo del mayor oligarca como del más humilde obrero. Es gente buena la ecuatoriana, doctor, es gente educada. Allí me radicaría si tuviera que irme de Cuba, dijo Fidel con un dejo de tristeza.

Después habló de la Revolución Cubana y de sus artistas porque salió a la conversación que el padre del vicepresidente Palacio fue el gran escultor del mismo nombre y que estuvo cercano al Partido Comunista del Ecuador. Otras cuantas horas habló Fidel. El almuerzo más largo e ilustrativo al que he asistido en mi vida. Un almuerzo que comenzó a la una de la tarde y terminó a las siete de la noche. Se despidió afectuosamente de nosotros. Saluda a tu padre, me dijo, me habría gustado mucho conocerle. Le transmitiré su saludo Comandante, le transmitiré su saludo. Fue lo último que le dije. Pocos años más tarde vi con mucha tristeza, en un programa televisivo de una cadena norteamericana, que transmitieron una caída que tuvo después de un discurso que pronunció en algún lugar de Cuba. Ese fue el principio de su retiro de la vida pública. Después supe que tuvo una grave afección estomacal de la que se recuperó milagrosamente y luego, mucho después, ya vi imágenes suyas, muy distintas de cuando lo conocí, en las cuales se le enseñaba vestido con trajes deportivos pero ya con las señales visibles de la ancianidad. Leí, sin embargo, hasta poco antes de su muerte, los artículos que publicaba de tanto en tanto, llenos de inteligentes reflexiones sobre el destino de la humanidad.

El día 26 de noviembre de 2016 fue espantoso en Montevideo. Llovió todo el día y sopló un viento semi huracanado, pero alrededor de las siete de la noche ocurrió un extraño fenómeno: todo se calmó de pronto y el cielo se tiñó de rojo, de un rojo intenso, era como si estuviéramos en otro planeta. Tomé muchas fotografías para guardar ese recuerdo. No sé si Fidel estaba en ese momento entrando en el Cielo o en el Infierno, pero produjo tal reacción de la naturaleza que jamás podré olvidar aquella tarde roja de Uruguay, cuando miramos con mi mujer y un familiar que vino desde Quito ese fenómeno extraordinario de la naturaleza.

Los siguientes días seguí mirando por la cadena norteamericana CNN los múltiples homenajes que le rindieron en Cuba. Del acto en el cual líderes de muchos países del mundo llegaron para rendirle el último adiós. Presidentes y Primeros Ministros de los cuatro continentes pronunciaron discursos muy sentidos para resaltar el legado que dejaba a la humanidad. Particularmente interesante fue el discurso del Presidente de Sudáfrica, Jacob Zuma, quien dijo en una parte de su alocución: “Los cubanos que llegaron a nuestro territorio enviados por Fidel no llegaron en busca de diamantes o petróleo, no llegaron a saquear ni a enriquecerse, llegaron a luchar y a morir por ideales. Llegaron a ayudarnos a terminar con el temible Apartheid.” La CNN (cosa impensable hace unos años) también transmitía imágenes de la comunidad cubana residente en Miami y allí, por el contrario, había un verdadero jolgorio. Le preguntaron a un tipo torvo, mal encarado, que qué opinaba sobre la muerte de Fidel. Dijo que lamentaba mucho que haya muerto en su lecho de viejo, que a él personalmente le habría gustado estrangularlo o quemarlo vivo. Una horda de seres que danzaban y cantaban y hacían sonar sus cláxones por las calles de esa ciudad de la Florida. Antes lo habían hecho muchas veces ante las falsas noticias que difundían la muerte de Fidel. Ahora volvían sobre esa danza macabra, muy parecida a la que deben haber realizado los asesinos de Eloy Alfaro, después de arrastrarlo por las calles de Quito, a comienzos del siglo XX, y quemar su cadáver en una pira de la plaza de El Ejido. Mientras en Cuba miles, millones de cubanos que se quedaron a luchar y sufrir en su tierra, a sentir las consecuencias de un bloqueo criminal de los Estados Unidos y también de los errores que cometió la dirigencia política, entre ellos el mismo Fidel, se concentraban ahora en esa imponente Plaza de la Revolución donde están las imágenes de Martí, el Che Guevara y Camilo Cienfuegos, para desfilas frente a las cenizas de ese hombre que les enseñó a amar su tierra y defenderla del enemigo más poderoso y temible de la Tierra. Otros miles de trabajadores, amas de casa, niños y ancianos, soldados, gente de las provincias se apostaban a los dos lados de la carretera para despedir a su Comandante en Jefe que atravesó la Isla de parte a parte, como cuando triunfó la revolución, pero ahora en sentido inverso, desde La Habana hasta Santiago. Muchos lloraban la pérdida de su

Comandante, del Caballo, como a veces le llamaban entre irónicos y cariñosos. Hay un bello poema de Juan Gelman, parte de su libro *Gotán*, que dice (lo copio textual, respetando su lexicografía):

*dirán exactamente de Fidel
gran conductor el que incendió la historia etcétera
pero el pueblo lo llama el caballo y es cierto
fidel montó sobre fidel un día
se lanzó de cabeza contra el dolor contra la muerte
pero más todavía contra el polvo del alma
la Historia hablará de sus hechos gloriosos
prefiero recordarlo en el rincón del día
en que miró su tierra y dijo soy la tierra
en que miró a su pueblo y dijo soy el pueblo
y abolió sus dolores sus sombras sus olvidos
y solo contra el mundo levantó en una estaca
su propio corazón el único que tuvo
lo desplegó en el aire como una gran bandera
como un fuego encendido contra la noche oscura
como un golpe de amor en la cara del miedo
como un hombre que entra temblando en el amor
alzó su corazón lo agitaba en el aire
lo daba de comer de beber de encender
fidel es un país
yo lo vi con oleajes de rostros en su rostro
la Historia arreglará sus cuentas allá ella
pero lo vi cuando subía gente por sus hubiéramos
buenas noches Historia agranda tus portones
entramos con fidel con el caballo.*

Con la muerte de Fidel, que coincide curiosamente con la llegada al poder de Donald Trump, se cierra una etapa en la historia de nuestra América. ¿Qué vendrá después, en la era de los “perros locos” que gobernarán Norteamérica? ¿Cuánto tiempo tardará nuestra región en engendrar líderes parecidos a Fidel? ¿Será una figura única e irrepetible? Tantas preguntas que solo el tiempo sabrá responder. Por mi parte no podía dejar de escribir estas líneas para contar sobre el contacto que la vida me permitió tener con uno de los líderes más brillantes de todos los tiempos. Adorado por unos, odiado por otros. Puso su vida en manos del juicio de la historia. Creo, como muchos, que la historia lo absolvió. Sin embargo habrá otros, entre ellos el marqués de Vargas Llosa, el inefable Montaner y muchos otros que creen que la historia lo condenará. Allá ellos. De todo hay en esta viña del Señor. ☒

Galo Galarza Dávila. Escritor y diplomático ecuatoriano. Ha representado a su país en Nicaragua, Cuba, Estados Unidos, Canadá, Francia y Australia. Fue Embajador del Ecuador en México de 2006 a 2012. Posteriormente, fue Subsecretario de América Latina y El Caribe del Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana del Ecuador. Actualmente, es Embajador del Ecuador en Uruguay. Es autor de varios libros de narrativa, como *En la misma caja* y *La dama es una trampa*, y coautor del libro *Ecuador en el mundo, 1830-2006*. Su obra consta en varias antologías de relato ecuatoriano e iberoamericano. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.